

FRANCISCO SOSA WAGNER
MERCEDES FUERTES

**CARTAS A UN
EUROESCÉPTICO**

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO
2013

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
CARTA PRIMERA.....	13
CARTA SEGUNDA.....	27
CARTA TERCERA	41
CARTA CUARTA.....	57
CARTA QUINTA.....	79
PRIMERA BIBLIOGRAFÍA BÁSICA RECOMENDADA.....	97

CARTA PRIMERA

Querido amigo, querida amiga:

Nos gustaría iniciar una relación epistolar con usted sobre Europa y las instituciones que en Bruselas, Estrasburgo y otras capitales hacen funcionar un complejo político y económico que juzgamos de vital importancia para todos. Si nos tomamos la molestia de coger la pluma, es con el objeto de contribuir a deshacer algunos tópicos que circulan a diario por los medios de comunicación y que se repiten en las tertulias y conversaciones de forma atolondrada. Como ocurre con los tópicos, se trata de afirmaciones sin mucho fundamento, es decir, trufadas de ignorancia cuando no de mala intención. Por eso aspiramos a que nos preste alguna atención y también a disfrutar del placer intelectual de intercambiar puntos de vista, así como de recibir y comentar las discrepancias. Somos conscientes de la dificultad que nuestra tarea entraña porque bien sabemos que lo frecuente es tener que habérselas con la descalificación atropellada o el exabrupto.

Permítanos empezar extendiendo un poco nuestra mirada hacia un horizonte que ayude a comprender mejor dónde estamos. Fíjese que los Estados europeos han representado muchas cosas importantes pero un par de ellas fundamentales: han sido la mejor protección contra las crisis y las convulsiones económicas, es decir, la primera agencia de seguridad; también, los defensores de las fronteras a través de sus ejércitos, precisamente nacionales. Pues bien, la causa de su debilidad actual se debe a que estas funciones ya no las pueden cumplir cabalmente porque su autonomía se ha visto drásticamente erosionada y limitada por organizaciones mundiales o continentales. Es decir, en estas cruciales cuestiones, los Estados han devenido minusválidos, necesitan una ortopedia imprescindible para caminar erguidos. Una realidad que, si no se la sabe encarar, puede tener perturbadoras consecuencias porque ya Hobbes dejó escrito que las obligaciones del súbdito con el Estado duran lo que dura la capacidad de éste para protegerle. Ni un minuto más.

Dicho en términos generales, el Estado-nación en Europa se encoge como se encogen los parlamentos tradicionales con sus leyes sacrosantas y los gobiernos con sus pretendidos poderes tautomúrgicos, o los sindicatos que creían dominar los intersticios del mercado laboral. Las multinacionales, los complejos industriales y tecnológicos, las relaciones económicas que fluyen de los mercados y las grandes organizaciones internacionales rebañan, de manera desenfadada y me-

tódica, jirones y jirones de siglos de teoría política, dejándola huérfana y perpleja.

Porque a estas nuevas circunstancias de la vida económica se ha unido otra que ya venía incubándose también desde larga data: el monopolio de la fuerza, santo y seña del poder del Estado, se ha escapado en parte de sus manos como consecuencia de la creación de estructuras militares internacionales a lo que debe añadirse una privatización de los medios de destrucción que permite a minúsculos grupos de activistas disponer con facilidad de instrumentos mortíferos, pequeños artilugios aptos para desencadenar con facilidad terribles calamidades, obtenidos en los tenderetes del mercado mundial.

Tras lo expuesto, nos parece claro que las ideas que alimentaron las naciones y el nacionalismo han dejado de mover las turbinas de los tiempos y además han perdido su función de servir de legitimación al poder. Los ciudadanos actuales tienen raíces en sus pueblos, en sus países, etc., pero también disponen de alas: para volar a otros continentes, a otros espacios, para integrarse en otras comunidades...

A la vista de estas alteraciones que han transformado la posición de los Estados europeos, ¿alguien piensa seriamente en una economía española o francesa independientes? ¿Y dónde nos llevaría imaginar una bávara, flamenca, sajona, catalana o vasca? ¿Alguien imagina con la cabeza fría que Estados pequeños nuevos puedan ser capaces de ofrecer alternativas en el escenario mun-

dial de una economía abierta? ¿No es todo ello algo extemporáneo y extravagante? ¿Es que se ignora que el Fondo Monetario Internacional controla la política económica de al menos la tercera parte de los Estados «soberanos» de la tierra?

Esta realidad pone de manifiesto algo que no debe olvidarse, especialmente en la España torturada por los brotes nacionalistas: el territorio de reducidas dimensiones que se quiera independizar y librarse de las «cadenas» del Estado más grande al que ha pertenecido podrá conseguirlo, a base de esfuerzos imaginativos y de airear pasados gloriosos que no está dispuesto a compartir, pero será inevitable que acabe cayendo en las garras de otros poderes más difusos, los transnacionales tan activos a los que nos estamos refiriendo, y que ante ellos se vean mucho más indefensos que las grandes y más robustas unidades políticas. Y es que, como bien dispara Hobsbawn, «el mundo más conveniente para los gigantes multinacionales es un mundo poblado por Estados enanos o sin ningún Estado».

Haciendo un poco de notarios, diríamos que estamos en Europa en época de transformación de grandes mamíferos, entre los que ocupan lugar de privilegio los nacionalismos tradicionales que han producido monstruos y angustiosas pesadillas. Cuando este proceso se culmine, la buena educación impondrá enterrarles y dejar caer sobre su tumba una aureola de tinieblas.

Pues debe observar que los nuevos Estados surgidos en Europa en el último tramo del si-

glo xx con sus presidentes, sus ministros, sus protocolos y sus parlamentos, son Estados débiles que, si en algo han puesto o están poniendo empeño y determinación, es en integrarse con rapidez en espacios políticos más amplios, notoriamente en la Unión Europea, a cuyas puertas han llamado o llaman, enfadándose si no se abren con diligencia: los casos de Estonia, Letonia, Lituania, Eslovenia son bien significativos. Como también lo son los de Polonia, la República Checa, Eslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumanía o Croacia. No han intentado, como acaso hubiera sido esperable, constituir o formar alianzas locales o regionales, sino que han sido seducidos sin más trámites por el imán de Bruselas. Y menos mal porque algunos —especialmente en los Balcanes— reeditaron un nacionalismo racista y totalitario y mostraron una temible inclinación a la industria de la lavandería étnica, al juego bronco con fusiles ametralladores y al entretenimiento de quemar la casa del vecino.

Sabe usted perfectamente que la Europa actual nuestra se forma como respuesta a las necesidades de paz tras la batahola desencadenada precisamente por el nacionalismo de Hitler. Pero tenemos una historia detrás muy rica porque, cuando el mundo medieval se desmoronó, permaneció la unidad de la civilización europea tejida por hechos culturales y sociales que son comunes, que son «paneuropeos»: el Renacimiento, el humanismo de los siglos xv y xvi, la Europa barroca y clásica, la de la revolución científica en el xvii, después la República de las luces y los filó-

sofos en el XVIII, el liberalismo en el XIX... Una historia que está como toda historia edificada sobre estratos diversos, sobre ideas perversas y prácticas peores, sobre ideas luminosas y prácticas generosas y lúcidas, sobre las hogueras y sobre Auschwitz, pero también sobre Mozart, Vermeer y Cervantes...

Hoy, si avanzamos juntos es porque sabemos, aunque a menudo no lo advertamos, que tenemos ese pasado común hundido en las raíces greco-latinas y cristianas y porque ya ninguno de los Estados nacionales que la Historia ha dejado como estelas —delincuentes en ocasiones, parteros de la democracia y de los derechos humanos en otras— es capaz de proyectar señal inquietante alguna en el escenario de un mundo que es radicalmente nuevo. Sólo nuestra unión nos permite disponer de instrumentos aptos para conformar la realidad, pues, aunque con quinientos millones de habitantes y con el mayor mercado interior del mundo somos una entidad política impresionante, seguimos siendo pequeños si tomamos los cinco continentes como medida. Dicho de otro modo: dividida, Europa no cuenta; unidos, los europeos tenemos la posibilidad de llegar a ser uno de los más originales motores del nuevo gobierno de la mundialización y además proteger en este territorio con especial solvencia libertades y derechos fundamentales de ciudadanos y trabajadores.

A tal efecto, disponemos de un artefacto importante entre manos que es el conjunto de las

instituciones europeas. Hay quien quiere destruirlas como el insensato que quema los muebles del palacio para calentarse las manos y hay quien quiere simplemente dejarlas como están. Nosotros estamos por renovarlas, por eso también escribimos estas *Cartas*, para impulsar la corrección de los defectos y también para realzar sus muchos elementos positivos.

En un contexto en el que tantas ideas básicas se mueven y sufren mutaciones, conviene que seamos conscientes del vuelco que han vivido algunas de ellas. Prestemos atención al concepto de soberanía, por ser el fundamento nada menos que del Estado en la Edad Moderna.

Como usted no ignora, su formulador más temprano y agudo fue Bodino, quien publicó su obra *Six Livres de la Republique* en el último tercio del siglo XVI (1576). Signo distintivo de la soberanía era el hecho de que su titular carecía de superior, hallándose tan solo sometido a las «leyes fundamentales» que no podía infringir. El fin del Estado será justamente el ejercicio del poder soberano orientado por el Derecho. Una idea revolucionaria, pues, en su inocente apariencia, estaba liquidando la concepción medieval según la cual el poder servía para ejecutar los designios de Dios.

Este poder, indivisible y eterno, explicarían más tarde Hobbes y Rousseau, se fundamenta en el contrato social, en un acuerdo a favor de «una persona o una asamblea de personas» trabado entre individuos libres e iguales que confían el go-

bierno a sus representantes, reflexión ésta de gran calado porque supone la neutralización de los estamentos y de la Iglesia. El *humus* que permitiría llegar nada menos que a las revoluciones americana y francesa está formándose lentamente.

La polémica acerca de si el titular de esa soberanía era el príncipe o el pueblo fue tan viva que cavó las trincheras desde las que se estuvieron disparando tiros durante buena parte del siglo XIX. Han pasado muchos años desde estas formulaciones y los acontecimientos no han hecho sino confirmar en Europa una tendencia que fuerza a explicar la soberanía de otra manera porque hoy no puede ligarse sin más al «Estado» sino a una combinación que incluiría a este y a la supranacionalidad europea, lo que nos obliga a abandonar la idea tradicional para abrazar la de soberanía «conjunta o compartida», apta para garantizar la diversidad de los niveles de gobierno con la unidad de la acción política y de su medio de expresión más solemne que es la producción jurídica.

El actual ejercicio de los poderes soberanos se ha desplazado así desde la individualidad de esos Estados a su actuación como miembros de una comunidad, razón por la cual se ha esfumado el «poder único e indivisible» para emerger otro de rasgos renovados basado en la existencia de un orden jurídico complejo e irisado pero dotado de los suficientes elementos para ser reconocido como un todo unitario, trabado por el derecho y cimentado por el principio de «lealtad» de la Unión con los Estados y viceversa.